ENTRE EL OLVIDO Y LA MEMORIA
Improntas sepias de Ceuta

Alicia Morales Fernández

ENTRE EL OLVIDO Y LA MEMORIA

Improntas sepias de Ceuta

Alicia Morales Fernández

Avant
editorial

Primera edición, abril de 2023
© Alicia Morales Fernández 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19584-95-3
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-12148-2023

2ª edición: septiembre de 2026

A Javi siempre

Hubo en España una guerra,
que como todas las guerras
la ganara quien la ganara
la perdieron los poetas

Anónimo

Cultura es la memoria del pueblo,
la conciencia colectiva de la continuidad histórica,
el modo de pensar y de vivir

Milán Kundera

Más vale que no tengas que elegir
entre el olvido y la memoria

Joaquín Sabina, *Esta boca es mía*

EL FERROCARRIL I

CEUTA, 1952

La estación tiene vida propia. El tren serpentea pegado al mar, a la vista de los barcos que atracan en el muelle. Es una digestión pesada de cargas y descargas: mercancías, animales, estibadores, soldados, uniformes, chilabas, pasajeros… Un trasiego constante. El sistema nervioso del protectorado español. Los edificios de las estaciones se repiten en cada parada, réplicas del primero y del último, nacen en Ceuta y terminan en un Tetuán lleno de vida. Construcciones de cuatro alminares, muchas veces habitados por nidos de cigüeñas, de ornamentos mozárabes: blancos con azulejos verdes, con puertas y ventanas de medio arco que aparecen en las pinturas de Bertuchi.

Ramón viste de traje oscuro, el mismo con el que hace unas horas acaba de casarse, el día de la patrona, la Virgen de África, el 5 de agosto. Se quita el pañuelo que sobresale por el bolsillo delantero y el ramito de «llama novios» que prendió esmeradamente

Pepa, su madre, en la solapa. Se pasa la mano por el pelo negro lleno de ondas y brillantina.

Mercedes estrena su traje de viaje: chaqueta ajustada, falda de tubo, medias de seda y zapatos de tacón, como las artistas que ella ve en el cine Astoria. Esta guapa. Ramón también está guapo. Recién casados y felices, rumbo a Tetuán a pasar su luna de miel.

CAPÍTULO I

LOS FELICES VEINTE

Hacía treinta y un años que Ramón había nacido en Ceuta, en su casa, en una pequeña habitación del patio de Gorgoño, un patio de vecinos que resistía ante los flamantes edificios del centro de la ciudad, en la Marina, mucho antes que a los ceutíes le dieran por ganarle terreno al mar. Ceuta se estaba superpoblando a medida que la guerra de África seguía su curso, las obras del puerto y la línea del ferrocarril necesitaban mano de obra, muchos jornaleros del sur peninsular vinieron buscando un futuro, la ciudad se había convertido en la intendencia del protectorado.

Ramón nacía el 19 de marzo de 1921. EL año donde meses después murieron muchos hombres en el desastre de Annual. Venía al mundo cuando España estaba sumida en un terrible caos y viviendo la brutalidad de la guerra de África. Su madre, mientras cortaba las piezas del traje que le habían encargado,

sintió que la criatura le estaba abriendo las entrañas. Sin alarmarse avisó a la hija que sobrehilaba las costuras.

—Ana, dile a la señora Antonia que venga. Dile que la cigüeña está en camino. —La hija, no tenía muy claro porqué tenía que llamar a la «partera», como la llamaban en el patio si una cigüeña le iba a dejar a su hermano en la puerta, pero al ver la cara descompuesta de la madre no se lo pensó y salió corriendo—. Avisa también a tu padre que está en la zapatería —le gritó la madre—, dile que no corra, que no hay prisa y él no pinta nada en asuntos de mujeres, pero ya sabes que si no le digo nada se enfada.

Aguantaba sin quejas las contracciones y se arrepentía, como las dos veces anteriores, de haberse dejado engatusar por ese zapatero tan bien plantado y tan bueno que la enamoró sin que ella supiera que cada parto era una visita de la muerte y de la vida. Ella, en los instantes de la expulsión, pensaba que se moría, que dejaba a sus criaturas sin madre. Le asustaba también parir con mucho dolor para perderla al final, como le pasó a su vecina Luisa.

—Los hombres no entienden esas cosas —le dijo la partera examinándola con manos expertas—, ellos no paren, si parieran solo tendríamos un hijo. Tú chilla si quieres Pepa, que esto duele y la criatura es grande. Pero tú eres una mujer fuerte. Vamos, un último empujó que sale ya…

La muerte pasaba por la cama de Pepa mientras la vida estalló en llanto de niño. Pepa reía y lloraba a la vez al oírlo. Era un niño. Estaba bien. El tercero de la familia.

«¿Cuántos pespuntes tendría que dar? —pensó—, para que no le falte comida ni ropa junto a los otros dos? ¿Cuántas suelas tendría que poner el padre?»

—¡¡¡Es guapo!!! ¡¡Y está gordo el *jodío*!! —La partera lo limpiaba con mucho cuidado—. Muchos cortes vas a tener que hacer Pepa.

—Que no nos falte salud señora Antonia para criarlo. —Estaba exhausta pero feliz, con toda la vida asomándole por los ojos.

—Dile a tu marido que compre una gallina y que la vecina te haga un caldo. Procura descansar hoy y esperar que te suba la leche. ¿Cómo le vas a poner?

—Ramón, como su padre. Al primero le puse el nombre del abuelo, pero este llevará el nombre de su padre. —Intentaba incorporarse, pero estaba muy cansada—. Vaya, con toda la costura que tengo por hacer…

—Eso puede esperar. La costura y las clientas. —Su marido se acercó a ella y le besó la frente—. Estás preciosa, el niño es muy hermoso, tiene tus ojos. Tengo mucha suerte de tener una familia tan guapa. —Pepa no contestó, se acurrucó a su lado y se sintió feliz, era un zalamero. Un zalamero y un liante.

***

En cuanto lo conoció, lo supo. No había más que verlo vestido como un figurín, con los zapatos brillantes, el sombrero de paja, ese bigote bien atusado… tan moreno, con los ojos tan negros que se le clavaron en el pecho. Se puso nerviosa mientras le tomaba medidas, era un hombre fuerte, con un cuerpo muy bien proporcionado. Que no paraba de mirarla y le sonreía.

—Me han regalado un corte, es de lino y quiero hacerme un traje para el verano, para el paseo de los domingos. A la fresquita

da gusto pasear mirando a las muchachas guapas. —Le clavaba las pupilas—. ¿Usted pasea por el Revellín?

—No tengo tiempo —enrojecía hasta las pestañas. Qué atrevido era, y qué guapo. Le miraba los zapatos cuidados. Como si adivinara sus pensamientos él le explicó:

—Soy zapatero, tengo una zapatería en Agustina de Aragón. Pero no solo pongo suelas, hago zapatos, botas de montar, soy artesano. Usted tiene unos pies muy bonitos, me gustaría calzarla.

—Déjese de lisonjeo y quédese quieto que no quiero equivocarme. —Pepa anotaba en una libretita las medidas, estaba concentrada en su trabajo—. Ya está, en dos semanas viene para la primera prueba.

—¿No puedo venir todos los días? Así la veo —la miraba y ella notaba que el suelo se movía—. Me habían dicho que aquí, en el Patio Centenero había una estupenda sastra, pensé que era una señora mayor, pero usted es una muchacha. ¿Cuándo aprendió el oficio?

—Nací con el metro y las tijeras. Ya ve, el sino de cada una. Con cinco años ya pespunteaba, los pobres tenemos que trabajar. —Pepa se fue creciendo—. Y ahora si no le importa tengo que ponerme a coser que tengo mucha faena.

Ramón se fue sonriendo. Había algo en aquella mujer pequeña y delgada que le atraía. A Ramón le gustaban mucho las mujeres, siempre veía en ellas algo hermoso: los andares, la voz, la cara, el pecho, las nalgas, el pelo, las manos, los pies… Le gustaba seguirlas, piropearlas con gracia hasta derribar sus barreras. Se sabía guapo. Pero esta mujer… era como una mariposa pequeña, parecía que se iba a romper si la agarrabas. Sus gestos suaves, su voz bajita, sus manos elegantes la hacían especial. ¡¡¡Y los ojos!!! ¡¡¡Qué ojos!!! Azules, claros, casi trasparentes, él nunca

había visto unos ojos así. Llevaba el pelo negro, que se adivinaba largo recogido en un moño y una piel tan blanca… Era bonita, muy bonita. Había que mirarla muchas veces para darse cuenta. Cuanto más la miraba más bonita le parecía. Y esa fragilidad tan palpable en los gestos la desmentían sus palabras, la forma de mover los labios y de imponerse ante él. Era como una reina, una reina «inalcanzable y bella».

Pepa había nacido en Tánger cuando el siglo diecinueve estaba terminando, su madre se ganaba la vida cosiendo. Era la mayor de tres hermanos. Su padre, un marino venezolano que veían cada seis meses durante un tiempo y luego embarcaba. Cuando venía traía juguetes, chucherías de otro continente: una estrella de mar, unas caracolas, unos corales que cambiaban de color con las estaciones… y plata, mucha plata: cubiertos, monedas, figuritas. Cortes de tela divinos, sedas, hilos, especias que ni los moros tangerinos conocían…. Traía el aire fresco de Ultramar, historias de selvas y animales exóticos. Los llenaba de frescura y alegría, y volvía a embarcar. Así siempre. Hasta que dejó de venir, pasaron seis meses, un año, después dos, cinco…. Sin una carta, una nota, alguna noticia.

La madre de Pepa quedó sumida en una profunda melancolía que le impedía hacer nada, la hija con solo diez años tomó las riendas de la costura y de la casa, cuidando también a sus hermanos pequeños. Fue tanta la pena de la ausencia del marido que la madre fue enfermando hasta morir. El médico le dijo a la hija que había muerto de pena de amor, de tristeza. Pepa se vio sola con sus dos hermanos que ya eran unos muchachos. Sobrevivieron durante un año gracias a las puntadas, pero a ella le preocupaba el futuro. Iban a la escuela, se ganaban propinas haciendo recados… eso no le bastaba, Pepa quería buscar un lugar donde no

les faltara el trabajo. Así que, con toda la resolución de la que fue capaz, vendió lo que tenía, aunque conservaba parte de chucherías marineras y algo de la plata, se subieron en La Valenciana, la camioneta que los llevaría rumbo a Ceuta. Allí, una prima segunda le buscó una habitación en el Patio Centenero, y a los hermanos les encontró trabajo en la construcción del puerto. No le costó mucho darse a conocer como costurera y sastra. Aunque no ganaba demasiado, nunca le faltaba pedidos, trabajaba muchas horas, era formal y cumplidora.

Ramón empezó a seguirla, la esperaba cuando salía del patio para llevar los encargos a las clientas, no le decía nada, sólo se tocaba la punta del sombrero en señal de saludo y la veía subir el Revellín hasta que ella desaparecía en una de las casas de los señores por la Calle Real. La esperaba salir. Y la seguía.

«Es una reina, la calle se ilumina cuando ella pasa, da pasos cortos y veloces como si flotara, la gente no se da cuenta porque es pequeña y delgada, insignificante como una mariposa.» A Ramón le producía una terrible ternura.

En enero fue a verla a casa, llevaba telas de colores, una excusa más para sentirla cerca.

—¿Y esto? ¿Retales de colores? No querrá que le haga un traje de parches. —Ramón se reía.

—Es de Casa Bentata, cuesta muy barato para carnaval. ¿No le gusta el carnaval? quiero un disfraz, un disfraz de pirata, es para el baile del Teatro del Rey. Algo fino, que no quede chabacano. Así de pirata elegante, con un pañuelo para la cabeza y una máscara para que nadie me reconozca. ¿Podrá hacerlo?

—Sí, no es difícil, un pantalón, una camisa y una chaqueta, sin forro —analizaba las telas—. Máscaras nunca he hecho,

mejor un antifaz que queda más fino. —Ya lo estaba imaginando y disfrutando ante la creación nueva.

—Pepa, si usted quisiera venir al baile conmigo…. —le pedía—, es carnaval, hay que disfrutar un poco. Podríamos ir como novios.

—Calle, yo no tengo tiempo para bailes ni para novios —hacía énfasis en la última palabra—. Mucho trabajo, eso es lo que tengo.

—Si usted quisiera, yo la adoro, tengo buenas intenciones. —El corazón se le salía del pecho a Pepa—. Sea mi novia, yo la voy a cuidar siempre.

—Que no —se ponía seria—, los hombres solo traen disgustos, te engatusan y después te dejan sola. Para eso sola y me ahorro la pena. Yo no necesito a nadie para ganarme la vida.

—Yo la necesito a usted para tenerla en la mía. —Pepa se derretía poco a poco y Ramón lo sabía, era cuestión de tiempo.

El teatro del Rey por fuera era impresionante, se alzaba en la calle Padilla con su fachada neorrenacentista obra del arquitecto Sanguineti. Por dentro era una fiesta de colores en las paredes, cortinajes de terciopelo rojo cubriendo el escenario, numerosas lámparas irradiando infinitos prismas que hacían más fantástica la luz. La orquesta tocaba un bolero con tristeza cubana: sueños de marinos llenos de promesas y de amores rotos. Las parejas bailaban, había disfraces de todo tipo, de todos los colores y apariencias. Ramón se paseaba curioseando desde el anonimato que le proporcionaba el disfraz. Le había quedado perfecto, Pepa cosía de maravilla. Las mujeres del baile le miraban ante su porte de pirata, su traje bien cortado, las botas de tela que él se había hecho… Se paseaba entre ellas, buscando la más bonita para sacarla a bailar, pero la impronta que Pepa le había dejado le hacía

ver a las demás mujeres corrientes, iguales, vestidas de majas, de damas antiguas, de muñecas… todas tan parecidas… Pensando en ello, notó la mirada de un muchacho, un pierrot delgado que lo observaba desde una esquina alejada, Ramón le devolvió la mirada.

Mientras saboreaba su copa de coñac veía como el muchacho sacaba a bailar a distintas mujeres, bailaba con gracia y no repetía pareja. Así hasta bien entrada la noche. Ramón bailó con distintas señoritas, sin tampoco repetir, hasta que el pierrot perfecto en sus ademanes, en su disfraz, se le fue acercando. Con pasos sutiles se puso ante él. Le hizo una reverencia, divertido Ramón se la devolvió. Al mirar al muchacho comprobó que la máscara guardaba unos brillantes ojos azules, claros, casi trasparentes, Ramón solo había visto unos ojos así. Envolvió al pierrot con los brazos, la besó largamente.

—Pepa, cásate conmigo. Te quiero.

A los seis meses eran marido y mujer.

***

Ramón hijo tenía los ojos verdes intensos y claros, casi iguales a la madre salvo en el color. Antonio y Ana, los otros hijos, tenían los ojos negros como el padre, el pelo oscuro y la piel blanca de su madre.

Ramón empezó a gatear muy pronto, Pepa extendía una sábana en el suelo y dejaba al niño allí mientras ella pespunteaba sin parar, muchas veces a la luz de las velas.

Pliegues, plisados, turbantes, sombreros a juego. Las faldas se habían acortado, las señoritas de bien querían seguir la moda que veían en las revistas, en el cine. Se cortaban el pelo y las faldas,

lucían enormes collares de perlas y plumas en el pelo. Volvían loca a Pepa con los figurines y los cortes de tela que traían de Tánger o Tetuán. Ella copiaba a la perfección lo que querían. Las visitaba en sus casas, le tomaba medidas con Ana de ayudante y Ramón colgado. Después en casa cortaba los patrones.

Por la mañana se le iban las horas acarreando agua, el patio no tenía agua corriente ni electricidad. Era un trajín cuidar el agua, racionarla para todos, intentar que no les faltara nunca a lo largo del día. Era un trajín y una peregrinación para las mujeres con toda la cacharrería para llenar.

Los hijos mayores iban al colegio, Su marido y ella le daban mucha importancia a la educación.

—Hasta donde podamos llegar Pepa —le acariciaba dulcemente la mejilla—, los niños, mientras podamos, irán a la escuela. Es importante que sepan leer, escribir y las cuatro reglas básicas.

—Yo le enseñaré a Ana a coser también para que pueda ganarse la vida por sí misma. Que no dependa de nadie. Cuanto más sepa mejor vivirá. —Ramón sonreía pensando en la autosuficiencia de su mujer y su decisión de trasmitírselo a la hija.

Una mañana, el niño amaneció con unas fiebres fortísimas, vomitaba, no paraba de llorar. No comía. Pepa y Ramón se pasaban las horas intentando consolarlo, poniéndole cataplasmas y trapos húmedos en la cabeza. Ana, la hermana, también se hacía cargo mientras los padres trabajaban. Lloraba y miraba a la madre

—No se va a morir, ¿verdad? Se va a poner bueno madre, ¿verdad?

—Claro que sí —afirmaba Pepa—. No llores. Piensa que se va a poner bueno Anita, ya verás.

—Pero el niño de Amalia se murió de unas fiebres —tenía los ojos llenos de lágrimas—, estuvo así, yo quiero que Ramoncito se ponga bueno, es mi niño. Yo lo quiero mucho.

Antonio, el mayor, contemplaba la escena en silencio, era ya un muchacho de diez años y no se permitía llorar por nada. Se sentía responsable de sus hermanos. Ahora no sabía qué hacer.

El médico vino a ver a Ramón. Lo tocó, lo examinó y les dijo que la fiebre era altísima y tenía el cuello rígido, que tenía una de esas «fiebres malas» que atacaban tanto a los niños y eran la causa de la mortalidad infantil que estaba azotando a toda España. Pepa lo miraba seria, intentando digerir las palabras.

—Doctor, este niño no se va a morir —eran tan rotundas sus palabras que al médico le recorrió un escalofrío por la espalda—, este niño va a vivir mucho tiempo. Solo son fiebres, y las fiebres se pasan. Deme algo para la fiebre. Tiene que comer un poco más y se pondrá bueno.

Ramón acompañó a un médico sorprendido ante la firmeza de Pepa, estuvieron hablando un rato, le pagó y le agradeció la visita. Luego abrazó a su mujer.

—Saldrá adelante Pepa que tú eres muy terca y lo sacas. —El padre no lo tenía tan claro, pero sabía que su mujer, bajo esa fragilidad que mostraba su cuerpo, escondía una mujer fuerte, acostumbrada a bregar con una madre enferma, niños que enfermaban invariablemente, a sacar de donde no había para que comieran todos. No, no iba a rendirse, de eso estaba seguro. Pensándolo, se le llenaban los ojos de lágrimas. Un sentimiento de ternura lo ataba a esa mujer. Cada día la quería más.

Después de una semana terrible donde todos, salvo Pepa, pensaron que Ramón se moría, el niño amaneció sin fiebre y